



Nací en el campo, viví allí y me crié entre supersticiones. Supuestamente soy muy racional, pero la verdad es que frente a cualquier problema, mi solución es un salumerio. La vida con las supersticiones me viene desde chica. En el fundo había una vieja maravillosa que se llamaba Challa, que nos contaba historias de apariciones. Cuando volvíamos de su casa, rajábamos con los ojos cerrados porque ella nos decía que en el bosque se aparecía un hombre mitad perro, con un perro negro muerto, y si a uno le salía, se moría.

Me justifico con lo del campo, pero creo que habría sido supersticiosa hasta la médula, aunque hubiera nacido en un departamento en el centro de Santiago. Para explicarlo, voy a entrar en lo teórico: creo que las mujeres están más propensas a la superstición que los hombres. Esta tiene que ver con nuestro plano onírico; nosotros vivimos siempre, estamos siempre jugando entre la realidad y la fantasía. Pongo un ejemplo muy terrible: cuando las mujeres saludamos a un tipo, recién le decimos mucho gusto y ya estamos colocando la custodia de los hijos, porque nos hemos pasado una serie de películas con él. Esas fantasías son caldo de cultivo para las supersticiones.

Pero también creo que la superstición es

PIA BARROS BRAVOS

# UNA SUPERSTICIOSA PROFESIONAL

Escritora, 35 años, casada, dos hijas.

parte de una sabiduría muy profunda que normalmente no validamos; una sabiduría empírica, de leyendas y mitos que el positivismo occidental desprecia.

Me interesa un montón saber de dónde viene cada superstición. ¿Por qué trae mala suerte, por ejemplo, pasar la sal en la mesa? Dicen que es porque antes la sal era como la plata, se negociaba con ella y es como anunciar llovizna de dinero entre amigos.

Entonces uno va aprendiendo que lo popular no es una pura lección, especialmente en la medida que sirve para protegerse. Por eso vivo llena de amuletos. Mi cocina está repleta de salumerios de todo tipo y de yerbitas. En mi taller igual, empezando por la puerta, en la que tengo un dibujo que es un signo de protección de los dioses. Aparto lo que venga y lo convierto en fetiche.

En ese momento estoy viviendo un drama siciliano en mi casa, ya que en la mitad del patio hay una escalera, porque están arre-

gando el techo. Si supieran lo que me cuesta saltar unos escombros, tres veces al día, para no pasar por debajo de la escalera. Si no lo hiciera, terminaría en mala onda y me pasarían quinientas cosas desgraciadas.

Estoy absolutamente consciente, de que es una estupidez, de que al cargar a un objeto y convertirlo en fetiche me limito, pero me gusta más por lo emocional y lo emocional sí que me importa.

Por eso que alguien me pase la sal en la mano en la mesa me da ataque. Y hago una cantidad enorme de conjuros si quiero un espejo: zapatos encima, lo envuelvo en diario, lo tiro donde haya agua corriendo (con lo que cuesta llegar al Mapocho desde La Reina...)

Para saber de dónde viene tal o cual superstición, he acudido generalmente a la histo-

ria. Lo de los espejos es un caso. Resulta que los espejos y la tintura púrpura eran trasladados en barco, en largos viajes. Cuando un espejo se quebraba, los tipos se aterrorizaban porque, cada vez que ocurría, empezaban tremendas tempestades y hasta se hundían las embarcaciones.

Mientras más cosas sé, menos cosas puedo hacer. Me limita el tener que darme vueltas cuadradas y cuadradas para hacerle el quite a los tipos de la compañía de teléfonos y sus escaleras interminables. O si veo un gato negro cruzando de derecha a izquierda me pongo currucho porque es mala suerte y me devuelvo.

Me apasiona investigar sobre la Inquisición y la chismografía supersticiosa que hay al respecto. Sé que en esos tiempos era sospechoso una mujer con las uñas largas que golpeaba sobre madera; era sospechoso porque las brujas de entonces golpeaban sus uñas contra caoba para espantar el amor. Más sospechoso era si esa mujer tenía de

masкота a un gato y peor si era colorina.

Lo del pelo rojo es superstición en el juego. Un gran jugador como Omar Sharif no juega en ningún casino si hay una mujer colorina de ojos verdes adentro.

Otra parte de la superstición es que hay brujas blancas y brujas negras. Yo soy una blanca —además de ser una bruja blanca y arriesga—, que no haría jamás algo para violar la voluntad de otro; le tengo terror a eso de pinchar un monito, al buñolito, a algunas cosas que ví en el campo.

Una de ellas es el agüite de caldón, una cosa cochinita (que no se puede contar), que es un toco que le dan a tomar las mujeres a los hombres para atraparlos y enamorarlos. Otra es fumarse a la gente: enrollan una foto del amado, con una serie de conjuros raros. O escriben sobre una hoja de choco o de tabaco el nombre y la fecha de nacimiento del tipo hasta llenarla. Arman un cigarrillo y se lo fuman.

Yo no sé qué tanto tiene esto de brujería y qué tanto de sentido común. Si uno parte de la base de que todos tenemos capacidades telepáticas, no es raro. Tampoco que una madre sienta que a su hijo lo están atropellando a 40 kilómetros más allá o que si alguien se está fumando a otro, éste se incomode.

Uno de los días que dedico a la superstición es el Año Nuevo. Primero, hago que todo el mundo brinde, guardo el coche (que ejalá me haya caído a mí), preparo bobitas para la abundancia y las reparto por todos lados; como una cucharada de lentejas y trato de que mi primer abrazo sea para mi marido para que se mantenga bien la cosa. Además, trato de estar muy contenta a las 12 de la noche y de no llorar jamás, aunque esté

Una supersticiosa profesional [artículo] Pía Barros Bravos.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Barros, Pía

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1991

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Una supersticiosa profesional [artículo] Pía Barros Bravos. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile